Principio y Fundamento II y III

Examen de la Meditación

Dirá San Ignacio: “Después de acabado el ejercicio, por espacio de un cuarto de hora, quier asentado, quier paseándome, miraré cómo me ha ido en la contemplación o meditación; y si mal, miraré la causa donde procede, y así mirada arrepentirme, para me enmendar adelante; y si bien, dando gracias a Dios nuestro Señor; y haré otra vez de la misma manera”. [77]

Si bien no hace falta que sean 15m, sí nos puede hacer mucho bien hacer unos minutos de examen, en clima de oración -lo hacemos ante Dios-, para lo cual pueden servir las siguientes preguntas:

¿He mantenido viva la sed de Dios? ¿Tengo deseo de aprovechar todo lo posible? (cf. EE 20).

¿Conservo el ánimo y la generosidad para entregar mi persona y todo lo que tengo a la libre disposición de mi Creador y Señor? (cf. EE 5)

¿Voy haciendo propósitos concretos? ¿Puse empeño en las meditaciones?

¿En la presencia de Dios, en la composición de lugar, la petición, los puntos, el coloquio...?

¿He hecho todo con espíritu de humildad, confianza y reverencia? ¿Busqué el lugar más adecuado? ¿Vencí las dificultades? ¿Conseguí el fruto de la meditación?

¿Con qué claridad brilla en mi espíritu la norma suprema del orden, la regla del tanto cuanto, es decir, no buscar en el uso de las criaturas otra cosa que el servicio de Dios y mi santificación, y de elegir siempre lo que más me conduce a este fin? (cf. EE 23)

¿Es esta la única norma de mi vida?

¿He identificado en qué no soy indiferente y he pedido a Dios la gracia poniendo los medios para ello?

¿Deseo y elijo únicamente lo que más me conduce al fin para el soy creado? (cf. EE23)

Y de las demás cosas, que son buenas, ¿soy realmente indiferente? ¿O tengo apegos, como el joven rico, que no me permiten estar a disposición de la voluntad de Dios?

¿Han surgido en el día situaciones/sentimientos que me hayan permitido ver estos apegos?

¿Pedí ser indiferente? ¿Le ofrecí a Dios algo que veo que puedo estar apegado?